



EL CIELO Y LA TIERRA. Óleo (20 cm x 14 cm)
Anibal León

ADMINISTRACIÓN EDUCACIONAL

Anuario del Sistema de Educación en Venezuela

Año 6 – Número Especial (Julio 2018)

Depósito Legal: ppi201302ME4214

ISSN: 2477-9733

Universidad de los Andes (ULA), Mérida - Venezuela

Conferencias

EN ESTE APARTE SE INCORPORA LAS PALABRAS DEL DOCTOR ASDRÚBAL PULIDO EN LA OCASIÓN DE CELEBRARSE EL 58° ANIVERSARIO DE LA ESCUELA DE EDUCACIÓN DE LA FACULTAD DE HUMANIDADES Y EDUCACIÓN DE LA UNIVERSIDAD DE LOS ANDES.

DE LA GENERACIÓN BOBA A LA GENERACIÓN ESTAFADA

CONFERENCIA DICTADA EN LA FACULTAD DE HUMANIDADES Y EDUCACIÓN EN OCASIÓN DEL ANIVERSARIO NO. 58 DE LA ESCUELA DE EDUCACIÓN.

Conferencista: Asdrúbal PULIDO

ADMINISTRACIÓN EDUCACIONAL

Anuario del Sistema de Educación en Venezuela

Año 6 – Número Especial (Julio 2018)

Depósito Legal: ppi201302ME4214

ISSN: 2477-9733

Universidad de los Andes (ULA). Mérida - Venezuela

DE LA GENERACIÓN BOBA A LA GENERACIÓN ESTAFADA

FROM THE GENERATION BOBA TO THE CREAMED GENERATION

Asdrúbal Pulido
anuade@ula.ve
Profesor de Educación Universitaria
Universidad de Los Andes
Mérida, Venezuela

Como es bien notorio, quien en esta fresca mañana tiene el privilegio de hablarles, gracias a la honrosa e inmerecida deferencia a que le han hecho acreedor los organizadores de este evento, hace ya varias décadas que dejó atrás sus veinte primaveras. No obstante, se considera un “mozo” que, pese haber nacido a finales de la primera mitad de uno de los siglos más vertiginoso y convulsionado de nuestra historia, aún cabalga en lomos de una nueva centuria, centuria crítica y plena de incertidumbre.

Hace algunos días, abordé una esas tantas busetas repleta de estudiantes que, aunque un tanto maltrecha por el uso y el transcurrir del tiempo, circulan a lo largo y ancho de nuestra ciudad. En su interior, en la parte derecha del tablero, de manera lacónica un discreto rótulo advertía: “yo también fui último modelo”. Confieso que la sabiduría popular no deja de sorprenderme, sentí el golpe; súbitamente me invadió una brizna de nostalgia, una especie de sentimiento ambivalente de proximidad y lejanía. Acudieron a mi memoria los versos de Rubén Darío en sus Cantos de vida y esperanza: “Juventud divino tesoro/ ya te vas/ para no volver/ cuando quiero llorar no lloro/ y a veces lloro sin querer”.

Demás está decirlo, vivimos en una época donde todo desfila a velocidad de vértigo. El tiempo pasa tan de prisa que cualquier “joven” puede haber superado la barrera del medio siglo, sin haberse percatado de ello. ¡“Juventud divino tesoro”! ¿Quién podría rebatirle esta afirmación a Rubén Darío? Sin embargo, los tiempos cambian y nosotros con ellos; tal es la dictadura del tiempo.

Si bien es cierto que a la juventud se la asocia con la belleza, la salud, la alegría de vivir, etc., ésta no constituye un mérito particular; como bien lo señala, el escritor colombiano Silvio Villegas:

todos hemos vivido... los tiempos de la juventud dorada y de la bohemia sentimental. Largas noches de amor y poesía en que nos sorprendió la mañana con alegres compañeras, rota la copa de los placeres, destrenzadas las cabelleras, desceñidas las túnicas. El alba espiritual se elevaba como una hostia de belleza, sobre la carne degradada y el Ángel dominaba la bestia. Sobre nuestra alma derramamos entonces todos los vinos, todos los placeres, todos los bálsamos, todos los bienes, y todos los males.

Todo pasa. El ayer fue un hoy, pero hoy, simplemente es el ayer. La vida prosigue su curso hacia ignotos parajes. Llega el otoño. Sopla la brisa y comienzan a caer las primeras hojas de los otrora frondosos árboles, árboles que inexorablemente, muy pronto quedarán completamente desnudos.

El tiempo transcurre, pero deja su huella. Sentimos que enflaquece el calendario y el espejo nos dice cosas que, en la mayoría de los casos, no queremos oír, sobretodo en esta era,

... era -según Liposvetsky (1986)- de inversión narcisista en el cuerpo, visible directamente a través de mil prácticas: angustia de la edad y de las arrugas, obsesión por la salud, por la línea, por la higiene; ritual de control (chequeos) y de mantenimiento(masajes, saunas, deportes, regímenes alimentarios, etc.) Cultos solares y terapéuticos (superconsumo de los cuidados médicos y de los productos farmacéuticos). (pp 60-61).

No obstante, los años pasan y ya no somos los que ayer fuimos; y si bien es cierto que es en la carne donde se evidencia el paso del tiempo, inevitablemente, la procesión va por dentro.

Ser joven representa un estado fugaz, un breve paréntesis en nuestra existencia. En este sentido ¡Cuán sabia es la naturaleza! Si una rama del árbol se marchita, brotes y flores nuevas pueden renacer en la rama vecina. Algo similar ocurre en la sociedad, cuando una generación envejece, otra toma su lugar. Sin embargo, nuestra generación de relevo, parece haber extraviado no sólo la brújula, sino también el barco. ¿Qué queda del espíritu de aquellos jóvenes que de manera abrupta y decidida irrumpieron contra la guerra del Vietnam y pusieron en peligro la estabilidad de la mayoría de los regímenes imperantes? Rebosantes de idealismos y persiguiendo el porvenir, aquellos jóvenes se abalanzaron contra los baluartes de la tradición. ¿Qué queda de aquella juventud que soñaba con cambiar el mundo para hacer de éste un lugar más justo, menos desigual? ¿Qué queda de aquel movimiento universal de protesta?

¿Qué queda de la vida cuando mueren los sueños? ¿Sólo recuerdos? El lema característico de los hippies de los años 60, “Hacer el amor y no la guerra” y el “prohibido prohibir” de los estudiantes de la Sorbona, parece haber sido reforzado con el “Vive de tus padres hasta que tus hijos te mantengan”.

La chispa de todo progreso no puede permanecer indiferente, impávida, alejada de la vida y sus contradicciones. Bajo ningún pretexto, debe convertirse en paja que mueve cualquier viento. No obstante, la situación de la mayoría de los miembros de la generación emergente, no podría ser más preocupante: dudoso porvenir, mentalidad frívola y conformista. Empero, justo es recalcarlo, esta manera de ser no es imputable a los jóvenes; el idealismo de la juventud ha sido siempre cuestionador. Pero, ¿Qué está pasando? ¿Cómo convencer a nuestra generación de relevo para que se trace metas a largo plazo, si desde su temprana infancia se le ha condicionado a la búsqueda de satisfacciones aquí y ahora? ¿Cómo evitar que adopte una postura negativa ante los estudios, si éstos no le garantizan una inserción cónsona con su formación en el mercado laboral? ¿Cómo exigirle que asuma riesgos, si ha crecido en un ambiente de sobreprotección? ¿Cómo esperar que muestre un mínimo de cortesía y de respeto hacia los demás, si se les ha hecho creer que sin ellos el mundo se detendría? ¿Cómo exigirle que enfrente las dificultades de la vida con seguridad y optimismo, si muchos de sus miembros han crecido en un ambiente signado por el fracaso y la desesperanza?

En estas procelosas aguas que amenazan con abandonar el cauce, salvo honrosas excepciones, nuestra generación de relevo navega cual nave al garete. Vivir el aquí y el ahora se ha convertido en la consigna cuasi generalizada. Son muy pocos los jóvenes que sueñan con un nuevo amanecer, la realidad apenas los toca ¿su mayor ambición encontrar una amiguita para “pegarla a la pared y llenarla de amor”; en la mayoría de los casos sin usar el “sombbrero”. Dicho en otras palabras, el sexo es para ellos un hecho trivial, y en consecuencia con ello hacer el amor sin que este sentimiento tenga ver con el acto. Aunque parezca innecesario decirlo, muchos adolescentes desconocen o ignoran todas las implicaciones psico-sociales que esto conlleva. En la universidad –vanguardia intelectual de nuestro país- no es difícil encontrar jóvenes de un pensar inerte, plegadizo e incapaces de manejar críticamente las informaciones que poseen y reciben. Nunca toman decisiones pues, el dejar que otros decidan por ellos les elimina todo atisbo de responsabilidad. ¡Cuántos jóvenes recorren el vasto mundo sin rumbo, líderes, ni ideales! En fin, nos encontramos frente a una juventud en su mayoría adormecida e insensible ante los problemas políticos, económicos y sociales.

Esto es particularmente grave “de jóvenes sin credo -como subraya José Ingenieros- se forman cortesanos que mendigan favores en las antesalas, retóricos que hilvanan palabras sin ideas, abúlicos que juzgan la vida sin vivirla: valores negativos, que ponen piedras en todos los caminos para evitar que anden otros lo que ellos no pueden andar”.

De todo lo expuesto, puede deducirse que la actitud de los jóvenes no nace, ni se desarrolla como hierba silvestre, muy por el contrario, es el fruto de lo que les ha inculcado el sistema. Desafortunadamente los avances tecnológicos, las ciencias humanas y sociales han puesto a la disposición de los dueños del gran capital, mecanismos de dominación de las conciencias que, muchas veces, a uno que se cree “claro”, le resulta difícil diferenciar cuándo actúa por su propia convicción o cuándo es objeto de una sugestión colectiva.

Así por ejemplo, entre otras cosas, la programación televisiva, mata de inanición la capacidad reflexiva de los niños y de los adolescentes, juega con sus emociones y sentimientos, moldea su modo de sentir, pensar y actuar. Para decirlo con palabras de Key (1978), “los medios masivos de comunicación, en su conjunto, se convierten en instituciones básicas de la sociedad de consumo. Homogeneizan los comportamientos, transmiten novedades, sirven de sistema de equilibrio y de regulación de la sociedad y son también el escenario de conflictos sociales” (p. 28). Este es el marco en el que se está moldeando tantos a los individuos como a nuestras instituciones.

A este respecto, no resulta ocioso destacar que un principio cardinal de la sociedad de consumo, lo constituye el principio de la no frustración. Según éste todo los deseos, incluido el sexual, deben ser satisfechos aquí y ahora. Esto se refleja en el proceder de las instituciones que le sirven de soporte; verbi gratia, tanto en la familia como en la escuela impera la permisividad exacerbada, el culto al niño rey y al adolescente mimado; los medios masivos de información tienden a entronizar el placer como norma axiológica predominante, presentan a la juventud como un valor per se y promocionan las peores formas de ser el hombre. En consonancia, en la mayoría de las instituciones religiosas los dogmas a la carta han tomado el control. En síntesis, a través de sus diversas instituciones y el uso de modernas tecnologías, la sociedad de consumo hace del individuo un ser estandarizado, consumista, banal y vacío.

Nos encontramos ante una perspectiva difícil e incierta. Sin embargo, El esfuerzo ya no está de moda, todo aquello que implique limitación o disciplina austera es desvalorizado en beneficio del culto al deseo y a su realización inmediata; todo luce como si se

tratara de llevar a su punto culminante el diagnóstico de Nietzsche con respecto a la tendencia moderna a favorecer la ‘debilidad de la voluntad’, es decir, la anarquía de los impulsos o de las tendencias y, correlativamente, la pérdida de un centro de gravedad que los jerarquice todo (Lipovetski, 1986, p. 80)

A estas alturas del análisis vemos con no poca preocupación, como “¡la sociedad se fortalece económica y políticamente ofreciendo a cada individuo la posibilidad de satisfacer lo más posible, sus deseos inmediatos. Es más, solicita estos deseos, los exalta, propaga, inventa vicios privados y públicas virtudes!” (Pérez y Oriol, 1992, p. 68). Como puede verse todo esto redundando en beneficio del establishment.

Esto explica por qué, en su momento, la familia soltó las riendas y, cual potro desbocado, los jóvenes se precipitaron al vacío, la escuela abdicó a su función de instruir y educar en el sentido original del término. La iglesia con sus escándalos y ambigüedades contribuyó al resquebrajamiento de los valores por ella proclamados; el individualismo tomó el lugar de la solidaridad y el libertinaje desplazó a la libertad.

La actual generación -hija legítima de los mass media- vive inmersa en un mundo de creciente culto a la juventud como paradigma de vida y en franca desintegración de la moral judeo-cristiana. Vive sumergida en un universo en el cual el sentido del deber y de la responsabilidad está de vacaciones. Este es el hábitat de quienes creen saberlo todo y por ende, no tener nada que aprender, el planeta de quienes, sin hacer el menor esfuerzo, creen merecerlo todo. Lógico producto de una sociedad que prolonga de manera sistemática la adolescencia. Una efectiva manera de retardar la confrontación con la dura realidad de nuestro tiempo. No obstante, si “los jóvenes son la presencia del futuro en las preocupaciones del presente”, resulta hartamente deplorable que se les conmine a vivir de espaldas a la realidad; de igual manera, si la integración de los adolescentes al mundo de los adultos constituye el objetivo vital de toda sociedad, prolongar su infancia más allá de la adolescencia, resulta altamente contradictorio; ser adulto es asumir responsabilidades.

No deja de ser paradójico que mientras la industria cultural reivindica cada vez más la belleza, la juventud, la felicidad, el éxito personal, etc., como bienes a conseguir mediante el consumo, los jóvenes de carne y hueso experimentan los rigores de una de las crisis más profundas y prolongadas de la historia. Estos chocan con un mercado laboral cada vez más restringido que les impide fraguarse un estilo de vida digno y planificar su futuro. Excluidos, marginados, sin perspectivas de poder estrenarse de manera adecuada en el campo laboral, muchos jóvenes están

pasando sus mejores años dedicados a oficios monótonos, inestables, sin seguridad social y menos aún de crecimiento personal e intelectual. Dicho de otra manera, nuestra generación de relevo está siendo excluida de los beneficios de la Revolución Científico Técnica; sus motivaciones se subordinan a los intereses de la sociedad de consumo.

Cada vez es mayor el número de actividades que no están a cargo de seres humanos, sino de máquinas. En los países industrializados este desplazamiento ha sido puesto en evidencia desde comienzos de la década de los 60.

En nuestro país señala J. Boggs —refiriéndose a la realidad norteamericana— se está desarrollando con rapidez una nueva generación integrada... por ‘gente sin trabajo’ para ellos la fórmula simplista de ‘más escuelas mayor educación, mejor adiestramiento’ ha quedado superada. Tenemos ya junto a nosotros una generación de jóvenes que han concluido los estudios secundarios y adquirió cierto adiestramiento, a pesar de lo cual no puede hallar un modo de producción en el cual aplicar su educación (sic.). Porque con la misma rapidez con que se adiestran con miras a una forma de producción técnicamente más avanzada, se está produciendo una nueva revolución tecnológica. Esta nueva generación de gente sin trabajo sabe que incluso su cerebro y su inteligencia son superados por los cerebros metálicos de la automatización y la cibernética. Decirle a esta gente que debe trabajar para vivir es como decirle al habitante de una gran ciudad que debe dedicarse a cazar para alimentarse (cit. Pulido, 2013, p. 125).

La crisis que sacude los cimientos de nuestra sociedad es generada, por la reorganización del aparato productivo con el fin de adaptarlo a los requerimientos de la globalización y la nueva división internacional del trabajo. Lejos de lo que podría esperarse, la denominada “Sociedad del conocimiento”, genera un sin par bombardeo de informaciones difíciles de digerir, progresiva movilidad en los empleos, descualificación del trabajo humano y creciente desempleo estructural.

En lo que va del presente milenio, las perspectivas distan mucho de ser halagüeñas. Los jóvenes lucen perdidos en la vorágine de una época en la cual las neotecnologías influyen en todas las esferas de nuestra existencia y generan una crisis, crisis entendida en el sentido gramsciano. La cual “... consiste precisamente en el hecho de que lo viejo está muriendo y lo nuevo no puede nacer; en este interregno aparecen gran variedad de síntomas mórbidos”.

La gratuidad de la enseñanza y la movilidad social a través de

la educación, otrora pregonada por los políticos y bandera de los gobiernos denominados democráticos, se esfuman en el horizonte de la incertidumbre. La precariedad del empleo ha dado origen a la implementación de nuevas formas de trabajo (interinatos, trabajo a tiempo parcial, a domicilio, contratos de corta duración, etc.).

Negros nubarrones se perfilan en el horizonte. Basta con lanzar una ligera mirada a las estadísticas prospectivas, para darse cuenta que numerosos puestos de trabajo serán suprimidos. Frente a este panorama, el desasosiego no podría ser más grande; los jóvenes no saben cómo ni a dónde se dirigen. La cesantía los hace sentirse inseguros e inútiles. “Cada vez hay más pobres y los pobres son cada vez más jóvenes”.

Por doquier se dibuja la tempestad. Para un significativo número de jóvenes parejas, la vida cotidiana transcurre bajo el signo del stress, la agitación y las disputas. Los niños no escapan de esta realidad, por el contrario se impregnan cada vez más del malestar de los adultos y de las tensiones del mundo.

¡Cuando se ensombrece el horizonte, la noche abre sus ventanas y el perfume del jardín se pierde en la oscuridad!

Finalmente, y a guisa de conclusión, podemos afirmar que en una coyuntura histórica en la cual las sombras amenazan con devorar los cuerpos que las proyectan y el silencio puede interpretarse como aquiescencia, es necesario decirlo: se está sacrificando nuestra generación de relevo en aras de la perpetuación del sistema.

Nada más pertinente que las palabras del poeta Miguel Hernández: “sangre que no se desborda/ juventud que no se atreve/ ni es sangre, ni es juventud/ ni relucen, ni florecen”.

Bibliografía

1. Darío, R. (1994). Cuarenta y cinco poemas. Caracas, Venezuela: Biblioteca Ayacucho.
2. Ingenieros, J. (1972). El hombre mediocre. Sexta Edición. Buenos Aires-Argentina: Editorial Losada.
3. Ingenieros, J. (1975). Las fuerzas morales. México, D.F.: Editorial Latinoamericana, S.A.
4. Key, W. (1978). Seducción subliminal. México, D.F. Editorial Diana.
5. Lipovetsky, G. (1986). La era del vacío. 13 Edición. Barcelona, España: Editorial Anagrama.
6. Pérez Tropea, S. y Oriol, C. (1992). La seducción de la opulencia. Barcelona, España: Editorial Paidós.
7. Pulido Medina, A. (2013). La generación sacrificada. Problemas de la infancia y la juventud en un mundo globalizado. Mérida, Venezuela. Universidad de Los Andes, Consejo de Publicaciones, Vicerrectorado Administrativo.

